

U

artes plásticas

vicente rojo:

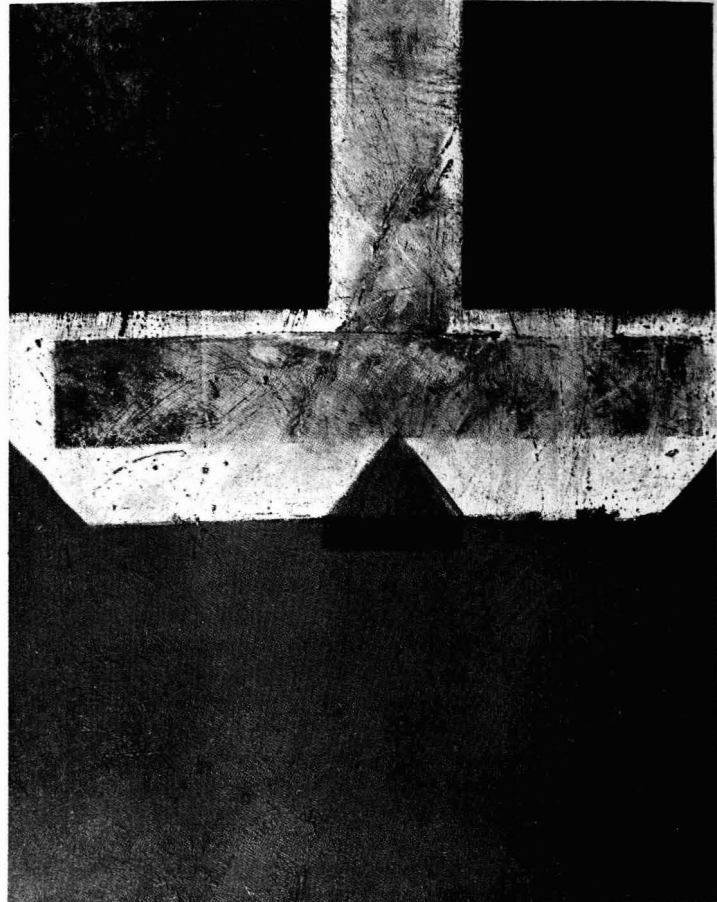
gozo callado de las formas

por Juan
García Ponce

Hablar de la pintura de Vicente Rojo es una hermosa y difícil tarea. Hermosa porque en muy pocas obras dentro de la pintura contemporánea mexicana podemos seguir con una claridad tan oscura, paciente y sutil el continuo crecimiento interior, quizás sería más adecuado decir la expansión interior, de un artista que jamás se detiene más allá de lo necesario en las diferentes etapas que reflejan en su obra la necesidad que lo lleva a la creación. Difícil porque esa misma claridad hace parecer redundante todo intento de trasladar a un lenguaje distinto la realidad que brilla con tan sorprendente intensidad en esas obras. El lenguaje de Vicente Rojo no es en ningún momento un lenguaje cifrado. Cada uno de sus cuadros se basta y se explica a sí mismo. La continuidad de su obra es una suma de totalidades. Sin embargo, los diferentes factores de esa suma van trazando un camino cuyos puntos sobresalientes, en una ruta siempre ascendente en la que ya es imposible descubrir descensos, es fácil distinguir en

medio del brillo general del conjunto. Así, ante cada nueva exposición de Vicente Rojo es posible hablar de una nueva etapa. El pintor no cambia, pero se transforma, va adentrándose cada vez más en la realidad que han hecho posible sus mismas obras anteriores, y siempre sale de ella con nuevas revelaciones.

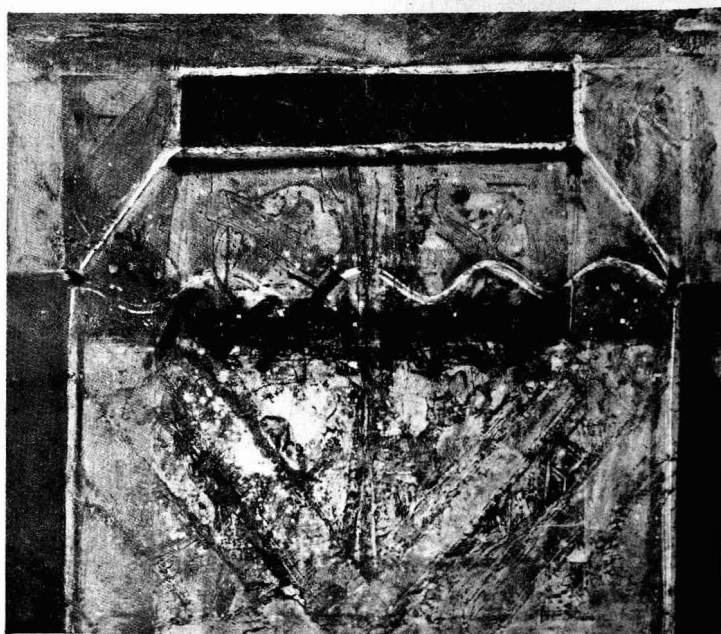
Sobre la base de estas consideraciones podemos decir que, en su última exposición en la Galería Juan Martín, la pintura de Vicente Rojo ha adquirido una nueva gravedad que, ante las obras, es fácil reconocer como un resultado de una profunda fidelidad a las leyes interiores y secretas de la creación, las leyes que cada artista tiene que encontrar por sí mismo y que Vicente Rojo nos deja descubrir en sus cuadros. El violento estallido, el impacto directo y casi brutal de las formas en sus cuadros anteriores, la inmediatez con que buscaban y conseguían herir nuestra sensibilidad con su pura presencia, abierta por completo ante nosotros, sin ocultar ningún secreto en su poderoso juego dialéctico de destrucción y construcción, es sin duda la que mejor puede conducirnos a la nueva realidad que encierran las obras recientes. Estas obras son, en más de un sentido, mucho menos agresivas. Quizás podría decirse que el pintor ha dejado de enfrentar la realidad que buscaba hacer posible con sus cuadros a la realidad inmediata, ante la que ellos querían ser una respuesta y una afirmación, basada en la negación. En esas obras anteriores, Vicente Rojo lograba hacer posible mediante la creación de un lenguaje directo, cuya justificación y sentido se hallaba en su misma agresividad, la propia realidad de la pintura, afirmando la independencia de su voluntad creadora. Ahora su mirada se vuelve tan sólo hacia esa misma realidad. La agresividad se ha convertido en reposo, en puro gozo, callado y casi secreto de las formas, de esa nueva realidad que él mismo ha hecho posible y que ahora puede contemplar y recrear con amoroso cuidado. Una vez más, la



tarea encuentra justificación en sí misma, pero su nueva y sorprendente profundidad se apoya legítimamente en los pasos anteriores. El crecimiento de la obra de Rojo resulta así totalmente orgánico y tal vez por eso nos parece tan fácil y natural. Nada más difícil, sin embargo, que poder llegar, a la serena belleza que ahora nos muestran sus nuevos cuadros.

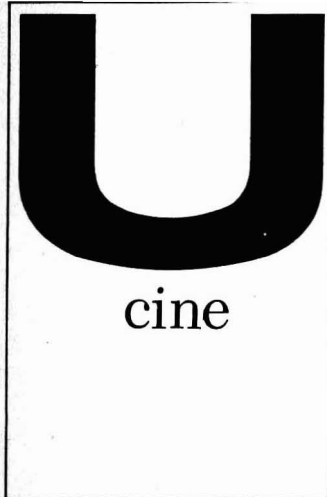
Si la belleza de la obra de Rojo tenía que encontrarse por contraste en la profunda necesidad de esa apasionada tarea de destrucción-construcción que hacía posible la pintura, ahora esa belleza ha adquirido derechos propios y

se nos muestra en toda su pureza. Guiada por el peso de su propia sinceridad, la pintura de Rojo ha iniciado un viaje hacia sí misma, hacia su verdad interior y ha entrado a una etapa de legítimo refinamiento. El puro goce del oficio, al absoluto dominio de todos sus recursos y secretos, aparece deslumbrante en medio de la ganada serenidad de cada uno de los cuadros. El grave silencio, el profundo recogimiento de las formas que se cierran sobre sí mismas, deja el paso libre al cuidadoso recreamiento de la materia, a la revelación del color, al rico juego de texturas y formas que se entrelazan y



complementan llenando de vibraciones, de encuentros secretos, el espacio de la tela, en la que no hay un sólo punto muerto. Rojo consigue que en ese espacio todo parezca producto de una cuidadosa y vigilante elaboración y, sin embargo, su maestría está llena de una viva y fresca espontaneidad. Cada hallazgo puede ser producto del accidente o de la elaboración, pero es que en la pintura de Rojo ambos tienen el mismo valor, en tanto que son el resultado de la absoluta identificación entre el pintor y su mundo. En él, la intuición y la inteligencia, el impulso creador y la crítica se unen de una manera natural. Los encuentros se convierten en reglas y leyes en el momento mismo de empezar a vivir. Y todos estos elementos se advierten tan sólo a partir de la absoluta belleza de las obras. Ellas son las que nos hablan y es imposible dejar de ceder al poder de su lenguaje.

Llegar a ese resultado por el difícil camino elegido por Vicente Rojo no es una tarea menor. Ante esta última exposición no es exagerado afirmar que nos encontramos ante uno de los más importantes pintores de México. Su obra, cerrada en sí misma, abre toda una serie de posibilidades y es un continuo elemento de fecundación. Pero independientemente de su valor como enseñanza, quizás importa señalar por encima de todo su intensa capacidad para proporcionarnos un auténtico goce estético. Cada cuadro nos habla del penetrante viaje del artista hacia la verdad última encerrada en su creación. Vicente Rojo hace posible la belleza porque ha llegado a ella, sin hacerse ninguna concesión, sin hacer a un lado ninguna de las dificultades que encontraba en su viaje, y ahora ésta se le ha impuesto, con todo el peso y la profundidad de una verdad adquirida. No es extraño que ahora esa verdad resplandezca en sus cuadros de adentro hacia afuera. El pintor sólo tiene que volverse sobre sí mismo y buscar en su interior para encontrarla. A nosotros nos toca celebrarla.



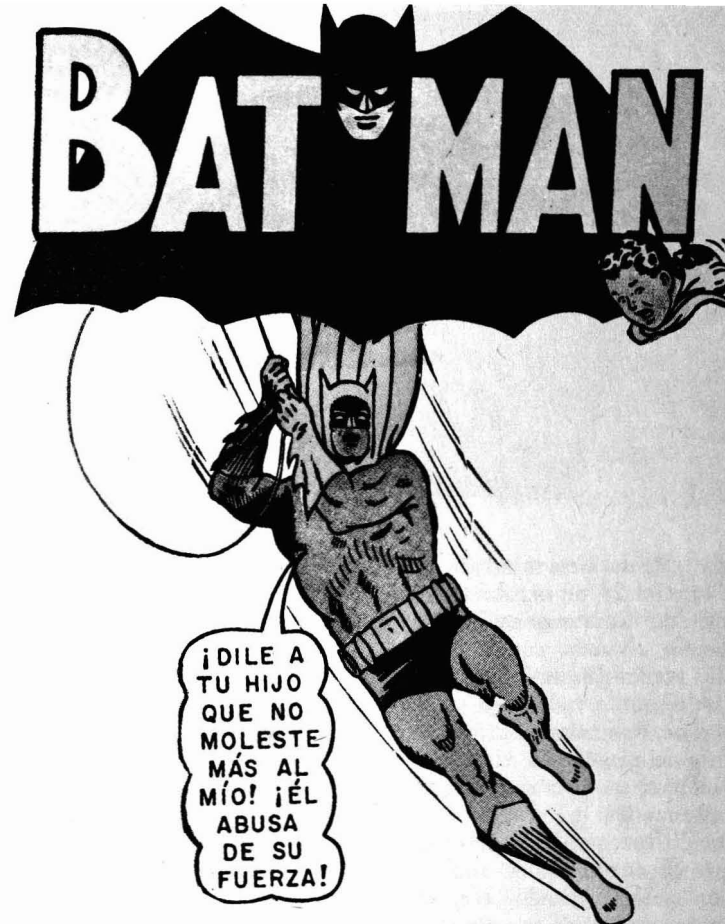
1. Solicitud de ingreso a la batmanía

2. ¿Qué pasa Pussycat?

por
Carlos Monsiváis

1. La Historia no es consciente de sus grandes momentos. No sabe ensayar. Qué se iba a imaginar Bob Kane aquel lejano día de 1939, mientras contemplaba la portada de *Detective Comics*, que sus creaciones serían tan representativas de la época como Damón y Pitias lo fueron del mundo clásico y Abelardo y Eloísa de la Edad Media. ¡Santo David Reynoso! **WHAAM!** He aquí la era de Batman y Robin, los difamables, calumniados, insultoendilgables Cruzado Encapuchado y Muchacho Maravilla. Mas no el satirizable o parodiable Dúo Dinámico. Porque su mérito es situarse más allá de la parodia, trascender la sátira, no poder ser reducidos al absurdo, puesto que son el absurdo y el desafuero mismo. ¡Santa impaciencia del corazón! Ya las épocas no tienen los mitos que se merecen; ahora las épocas se divierten como pueden.

¡Santa enajenación ambiental! La madurez se extingue. Afirma Norman Mailer: "Desconfía de la muerte llamada madurez." Y puesto



que la madurez —tal y como la concibe la burguesía— ha dejado de tener sentido o utilidad, vale la pena indagar en los valores del mundo de la puerilidad. James Bond, por ejemplo, es la visión que todo adolescente tiene de las funciones de un Servicio Exterior. ¡Santa Doctrina Estrada! Los Beatles son la primera Junta de Gobierno del nuevo país de la adolescencia. Y Batman y Robin lo son prácticamente todo, el deporte de moda, el día de fiesta para psicólogos y sociólogos, el triunfo masivo del pop, la entronización del low camp.

¡Santa Consuelo Guerrero de Luna! Más de una razón explica el éxito. Desde 1949, cuando ese inolvidable marcartista sexual, el Dr. Frederick Wertham, denunció la dudosa ambigüedad del comic en su libro *La seducción de los inocentes* y acusó a Batman de insinuar lascivamente su mano sobre el hombro de Robin, sobre *The Caped Crusader* ha descendido la difamación (que también se aplicó a Marvita, acusada de un lesbianismo olímpico). Fue inútil que

apareciese un personaje femenino, La Mujer Gato, y que Batman se enamorase y comprometiese con ella. La desconfianza estaba sembrada. Ningún hombre soltero que vive con un adolescente puede quedar libre de culpa. ¡Santo Marqués de Queensberry! A partir de ese momento, en todo lo concerniente al pop-art, Batman quedó bajo la jurisdicción de la porno-estética. Ahora, el delirante triunfo de la serie ha acrecido la sospecha; para los exégetas Batman tiene éxito porque encarna, como expresión Camp, no sólo aquello tan malo que resulta bueno, sino también el homenaje al estilo epiceno, ese tono de indiferenciación que distingue a la sociedad contemporánea.

Pero Batman es también muchas otras cosas. En primer término resulta el punto de reunión de dos ideales contradictorios de Norteamérica: *permitir y provocar la mayor violencia y permanecer absolutamente inocente*. Es, dice Al Capp, sólo un D'Artagnan mecanizado que lleva baticinturón en vez de espa-